

## ENSAYO

<http://centrogilbertobosques.senado.gob.mx>

@CGBSenado

Senado de la República, 23 de junio de 2017

### EL PODER DE LAS IDEAS EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES: LA POLÍTICA THATCHERIANA HACIA LA INTEGRACIÓN EUROPEA COMO ANTECEDENTE DEL “BREXIT”<sup>1</sup>



Este ensayo parte de la premisa de que es posible entender bajo una visión constructivista, la prevalencia de una serie de ideas sobre la identidad británica y su vinculación con Europa como elemento clave de la explicación de una política de renuencia constante a la integración europea. A un año del referéndum por el que la ciudadanía del Reino Unido decidió mayoritariamente salir de la Unión Europea, el Centro de Estudios Internacionales Gilberto Bosques presenta este Ensayo que documenta los antecedentes de la decisión encarnados en Margaret Thatcher y sus ideas sobre la integración europea y el papel de su país en ella.

<sup>1</sup> Foto: Imagen de la campaña británica de adhesión al bloque comunitario en 1975, EURACTIV, *Thatcher: a European Legacy*, 8 de abril de 2013, consultado en: <http://www.euractiv.com/section/uk-europe/news/thatcher-a-european-legacy/>



## INTRODUCCIÓN: ENFRENTANDO EL FIN DE LA HEGEMONÍA BRITÁNICA

El resultado de la elección presidencial en Estados Unidos el 8 de noviembre de 2016 así como el del referéndum británico para abandonar o permanecer en la Unión Europea del 23 de junio de 2016, dejó una honda impresión entre los analistas y académicos que se ocupan de interpretar la política exterior de la denominada Alianza Atlántica. Más aún, como afirma Robert Jervis en un pionero comentario al respecto, los primeros días de la administración de Donald J. Trump como 45<sup>o</sup> Presidente de los Estados Unidos proveen, como pocos eventos recientes, de un laboratorio para comprobar o falsear teorías y enfoques fundamentales de esta disciplina.<sup>2</sup> Este es también el caso del llamado “Brexit”. En concreto, el tema de la salida del Reino Unido de la Unión Europea ha recibido enorme atención no sólo por su supuesto carácter imprevisible sino también porque se le suele presentar como un fenómeno que no puede explicarse desde una perspectiva sistémica dado que fue el resultado no de una decisión de los representantes del Estado sino de una decisión tomada por la población.

En consecuencia, si bien parece obvia la respuesta de que las variables fundamentales a estudiarse tienen que ver con el segundo nivel de análisis, es decir, el estatal, el terreno de las ideas y de las convicciones personales de importantes líderes que participaron activamente en configurarlas no puede menospreciarse. La visión constructivista, en efecto, plantea que las estructuras sociales y políticas están determinadas fundamentalmente por ideas más que por realidades materiales y que las identidades e intereses de los actores están determinados precisamente por esas ideas.<sup>3</sup> Por tanto, las relaciones internacionales son construcciones a partir de un proceso de interacción social. Las ideas, en este sentido, tienen un rol fundamental en términos de la construcción de identidades sociales y nacionales. En consecuencia, la conducta de los países en el sistema internacional tiene mucho que ver con la combinación de identidades de individuos, instituciones y organizaciones interactuando entre sí que, con el paso del tiempo, se solidifican y se convierten en verdaderas “estructuras de pensamiento”.<sup>4</sup>

Al término de la Segunda Guerra Mundial cada vez era más evidente que la nueva distribución internacional del poder, en el orden bipolar, sería claramente desfavorable para Gran Bretaña. Distintos fenómenos de la posguerra empezaron a evidenciar el acelerado proceso de deterioro del poderío británico en el mundo. El poder económico y militar de la Unión Soviética y Estados Unidos, la emergencia de nuevas potencias comerciales como Japón y la propia Alemania, el proceso de descolonización del Imperio, el penoso desenlace del conflicto del Canal De Suez, el deterioro de la economía británica y su enorme atraso tecnológico darían cuenta, gradualmente, del ineluctable colapso británico. No obstante, Gran Bretaña se empeñaba en mantener y promover la idea de que seguía siendo una gran potencia que, junto con las otras, debía construir el orden internacional de la posguerra. Y, peor aún, Gran Bretaña se aferraba a

---

<sup>2</sup> Robert Jervis, “President Trump and IR Theory”, *America and the World – 2017 and Beyond*, H-DIPLO ISS Policy Series, Columbia University, 2 de enero de 2017, consultado el 7 de febrero de 2017 en: <https://issforum.org/ISSF/PDF/Policy-Roundtable-1-5B.pdf>

<sup>3</sup> Alexander Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp.6-7.

<sup>4</sup> Ronan Palan, “A world of their making: an evaluation of the constructivist critique of international relations”, *Review of International Studies*, vol. 26, no. 4, p. 576.

la idea de la vigencia del esquema churchilliano que planteaba las responsabilidades globales que el país debía seguir manteniendo en los tres círculos: el de la Mancomunidad y el Imperio, el del mundo angloparlante y el europeo.<sup>5</sup>

De esta manera empezó a construirse un auténtico mito –el de la peculiaridad y superioridad británica- que apuntaló el desfase entre las capacidades reales del poder de Gran Bretaña en el mundo y la percepción de imperio global y atlántico cuya superioridad la aparta del continente europeo. Así, la nostalgia, definida como la resistencia a abandonar modos de pensar anacrónicos, persistirá durante todo el periodo de la posguerra en la expresión que Lord Franks hiciera en 1954: que “es parte del hábito y costumbre de nuestras mentes que Gran Bretaña debe ser una gran potencia.”<sup>6</sup>

Así, durante todo el periodo posterior a 1945 se abrían tres posibilidades a los responsables de conducir la política exterior británica. La primera tenía que ver con aceptar las debilidades británicas y retirarse definitivamente del escenario internacional; la segunda con defender un rol mucho más modesto entre las potencias medias nunca más intentando definir o sostener el orden internacional sobre su espalda. La tercera implicaba asumir la posibilidad real de una pronta recuperación y la necesidad de mantener la imagen de potencia mundial hasta que aquello ocurriera.<sup>7</sup> Pero, quedando las opciones del retiro y del papel disminuido del país en los asuntos mundiales, el consenso entre los líderes británicos de la posguerra giró hacia el convencimiento de que el costo a la renuncia del liderazgo internacional era mucho mayor que el que implicaba adoptar la tercera opción. Gran Bretaña, sostuvieron sus líderes de la posguerra, necesitaba ganar tanta influencia independiente como le fuera posible. Así, el país debía retener sus acostumbrados altos niveles de involucramiento internacional, incluso si apenas podía pagarlos, mientras reconstruía el fundamento político y económico de la tremenda influencia que ejercía antes de la guerra.<sup>8</sup>

Para los años setenta, sin embargo, en común con otros países industriales, Gran Bretaña sintió el impacto de la interdependencia y el transnacionalismo. En las nuevas condiciones, los imperativos del orden internacional y la persecución de los objetivos nacionales parecían entrar en una creciente tensión. Los gobiernos británicos debían dar una respuesta, entonces, a la llamada por Wallace y Tugendhat “contradicción estructural de las comunidades políticas

---

<sup>5</sup> En 1951, Winston Churchill describió así la posición de Gran Bretaña en el contexto mundial de la posguerra: “Para nosotros el primer círculo es naturalmente la Mancomunidad británica y el Imperio, con todo lo que comprende. Luego también se encuentran el mundo angloparlante a donde nosotros, Canadá, el resto de las posesiones británicas y Estados Unidos desempeñamos una parte importante. Y, finalmente, Europa unida. Estos tres círculos majestuosos coexisten entre sí, y están vinculados de tal forma que no existe fuerza alguna que los pueda desafiar o derrotar. Ahora, si ustedes piensan en los tres círculos conectados entre sí observarán que somos el único país que en cada círculo ocupa una gran parte. De hecho, nos encontramos en el punto de encuentro, y así se encuentra esta isla en el centro del espacio aéreo y tal vez también del espacio marítimo podemos unir a los tres” (Lucila Del Águila Llausás, *La relación entre Gran Bretaña y la Unión Europea: un socio anticomunitario*, tesis, México, El Colegio de México, 1997, p. 12).

<sup>6</sup> Christopher Hill, “The Historical Background: past and present in British foreign policy” en Michael Smith (coord.), *British foreign policy: tradition, change and transformation*, Londres, Allen & Unwin, 1988, p. 26.

<sup>7</sup> Paul Sharp, *Thatcher’s diplomacy*, Londres, Macmillan Press, 1999, p. 3.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 6.



modernas”.<sup>9</sup> Los gobiernos británicos rápidamente se dieron cuenta de la tensión obvia entre el deseo de preservar el *status* de potencia en la jerarquía internacional de los Estados y el deseo de desarrollar al país como sociedad moderna y económicamente exitosa vinculada a un proceso creciente de interdependencia.

El argumento central de este trabajo es de que la contribución de Margaret Thatcher a la política exterior británica fue la de negar esta tensión y la de radicalizar los temas del nacionalismo y el liberalismo en su conformación. Más aún, este ensayo parte de la premisa de que es posible entender bajo una visión constructivista, la prevalencia de una serie de ideas sobre la identidad británica y su vinculación como Europa como elemento clave de la explicación de una política de renuencia constante a la integración europea más allá del ámbito puramente comercial. Para ello seguirá una metodología esencialmente cualitativa y basada en la consulta a fuentes secundarias abundantes para ello.

La relación entre la prosperidad y la independencia dejará de tener, con Thatcher, las características propias de un juego de suma cero. Así el dilema entre mantener la prosperidad británica viendo reducida su independencia, o el de defender la soberanía nacional pagando el costo del estancamiento económico, no será considerado como irreconciliable durante el gobierno de Thatcher. Esto será así porque tendrá, simultáneamente, ideas políticas nacionalistas y convicciones económicas liberales.<sup>10</sup> Por eso puede decirse que, aunque Thatcher era una liberal en los temas económicos, en los temas políticos se hallaba ligada emocionalmente a un entendimiento sumamente conservador del pasado británico. Es esta dualidad ideológica la que caracterizará la política británica, durante el periodo que va del 4 de mayo de 1979 al 28 de noviembre de 1990, hacia la integración europea. Thatcher, como Jano, podría ver hacia una dirección y hacia la otra al mismo tiempo creyendo, como el antiguo dios latino, que el pasado y el porvenir pueden ser la misma cosa. Desde luego, las implicaciones de éstas ideas, que tienen que ver con el compromiso por restaurar el papel británico en el mundo a la manera de la otrora gran potencia liberal,<sup>11</sup> terminarán chocando frontalmente contra las aspiraciones comunitarias de integración europea. Este choque acaba de ocurrir precisamente mediante el resultado del referéndum británico de permanencia o salida de la Unión Europea de junio pasado.

## ¿PROSPERIDAD O SOBERANÍA?

Para el primer gobierno de Harold Wilson, en los años sesenta, Inglaterra debía incursionar en el experimento comunitario pues se encontraba en riesgo de perder una de las áreas de influencia esgrimidas por Churchill. Pero, más aún, porque temía estar perdiendo la oportunidad de resolver sus problemas económicos. No obstante, el mandato parecía clarísimo: establecer condiciones que se sabía serían, por lo menos, objetables para los miembros comunitarios.

---

<sup>9</sup> Christopher Tugendhat y William Wallace, Options for British Foreign Policy in the 1990's, Londres, Routledge, 1988, p. 119.

<sup>10</sup> Ibid, p. 16.

<sup>11</sup> Apuntalando sobre todo una reforma estructural de la economía británica (Jacques Leruez, “El legado del Thatcherismo en Gran Bretaña”, Foro Internacional, vol. XXXIII, núm.5, octubre-diciembre de 1992, p. 618).



Gran Bretaña se aferraba a su idea de EFTA, una asociación de libre comercio conformada por Austria, Suecia, Suiza, Dinamarca, Noruega, Portugal y ella misma en donde el principio central era el de que cada nación debía mantener su propia estructura frente a terceros países. Habiendo perdido las elecciones de 1970, quizás como respuesta a su incapacidad para convencer a los miembros comunitarios de la viabilidad económica de Gran Bretaña, Wilson dejaría el gobierno británico en manos del otrora negociador Heath. Conocido como un europeísta, Heath estaba convencido de los beneficios de la membresía y estaba dispuesto a ceder toda la soberanía necesaria en pro de lo que consideraba “la forma de volver a ser una gran potencia”<sup>12</sup>

Al contrario de Wilson, Heath no tenía un pasado opositor a la CEE y había sido él mismo quien condujo las negociaciones para las tres solicitudes de ingreso. En aquel entonces, Heath había dicho que la supervivencia de Gran Bretaña dependía del acceso a mercados y estímulos competitivos que sólo la membresía a la comunidad podía ofrecer. Así mientras los predecesores de Heath veían la membresía con un componente deseable de la posición internacional de Gran Bretaña, pero siempre peligrosa para la soberanía nacional, Heath mismo la contemplaba como la única vía posible para sostener la posición internacional del país que se estaba privando, por sus resistencias nacionalistas, de un foro político y económico extraordinario. Habiendo firmado un acuerdo según el cual, la contribución británica a la Comunidad aumentaría anualmente hasta 1977 alcanzando el 19% del presupuesto total de la organización, y habiendo pactado etapas de puesta en marcha de una tarifa externa común y de la eliminación de los aranceles británicos para los miembros de la Comunidad Gran Bretaña, junto con Irlanda y Dinamarca, se adhirió a la Comunidad Económica Europea.

Sin embargo, la crisis petrolera de 1973, el inicio de la guerra árabe - israelí y los espirales inflacionarios y enormes déficits en las balanzas de pagos producto de aquéllos fenómenos afectaron gravemente a la Comunidad. Heath, sin duda, había sobrestimado el potencial político y económico de la Comunidad. Harold Wilson regresaría en 1974 a formar un nuevo gobierno capaz de enfrentar la crisis económica. El nuevo gobierno laborista plantearía que la membresía comunitaria había sido la culpable de la debacle económica y, por ello, proponía re-negociaciones en los propios términos de ingreso, una reducción de las contribuciones económicas al presupuesto de la comunidad y el acceso de los productos mancomunarios a la CEE. La presión que sobre Wilson ejercían sus propios compañeros de partido hacia la oposición a la membresía fue enorme. Cada vez más Wilson empezaba a parecer algo así como un opositor tímido a la Comunidad. Pero el referéndum de 1975, en el cual 67.2% de la población británica respondió favorablemente a la membresía británica, provocó la renuncia del primer ministro pues Wilson seguía, por ejemplo, en la reunión del Consejo Europeo en Bruselas en julio de 1975, reticente a aceptar cualquier compromiso que pusiera en riesgo la integridad de la soberanía británica.

---

<sup>12</sup> Lucila del Águila Llausás, *op. cit.*, p. 101.

Callaghan siguió con la tibieza de la actitud de Wilson respecto de la Comunidad y sus políticas hacia ella mostraron con claridad su rechazo a comprometerse con el ideal de la integración europea. Mientras Heath estaba dispuesto a ceder soberanía con tal de acercar a Gran Bretaña a la comunidad y darle la oportunidad de beneficiarse económicamente de la membresía, Wilson proponía negociar un retiro británico paulatino y establecer una relación alternativa con el resto de los miembros comunitarios para mantener a salvo la soberanía nacional británica inaugurando lo que se llamaría la campaña laborista anti - comunitaria del partido durante los años ochenta. Heath había privilegiado la prosperidad sobre la independencia, Wilson decidió defender la soberanía nacional en detrimento de los beneficios de la membresía. Thatcher sostendría, en cambio, que Gran Bretaña podría obtener los beneficios políticos y económicos de la membresía comunitaria y, al mismo tiempo, seguir siendo la fuerza independiente en el mundo que siempre había sido.

### **EL NACIONALISMO LIBERAL DE THATCHER**

Para algunos autores, la contribución de Thatcher a la política exterior británica y, concretamente, a la política europea es más que un cambio de estilo o de énfasis y puede constituir, tal como lo hizo para el ámbito doméstico, una genuina revolución. Al respecto de la Comunidad Europea su política estuvo siempre dominada por una convicción liberal y nacionalista, a un tiempo, de la que ya hemos hecho referencia. En ese sentido, el temor de Thatcher a la Comunidad Europea se justificaba puesto que era a que ésta emergiera como una entidad supranacional con consideraciones tan ambiciosas como para tomar precedencia frente a los intereses nacionales. Mientras Thatcher ocupara la primera magistratura del país, la nación no podría adherirse a semejante postulado.<sup>13</sup> Y es que el problema de Thatcher con la integración europea se complicó extraordinariamente puesto que su política de apertura y desregulación, en términos económicos, ocurrió justo en un ambiente caracterizado por la regulación y el proteccionismo en el ámbito regional.<sup>14</sup>

### **LOS TEMAS COMUNITARIOS EN LA ELECCION DE 1979**

En abril de 1979, Thatcher ponía el tono de lo que sería la norma fundamental de su política interna y exterior: “Soy una política de convicciones. Los profetas del Antiguo Testamento no dijeron: “Hermanos quiero un consenso”. Dijeron: “Ésta es mi fe, esto es en lo que yo creo apasionadamente. Si ustedes también lo creen, entonces vengan conmigo”. El partido conservador, además, centró su campaña en el rechazo abierto a la posición que defendía la inevitabilidad del deterioro del papel británico en el mundo. Según Thatcher: “hace 20 años Gran Bretaña estaba en la cúspide, una de las naciones más poderosas y ricas de Europa, y una de las más influyentes. Ahora, Gran Bretaña es la siete de nueve naciones europeas entre las más pobres, incluyendo Italia e Irlanda. Este no es lugar para Gran Bretaña.”<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> Paul Sharp, “Thatcher’s Wholly British Foreign Policy”, *Orbis*, verano de 1991, p. 397.

<sup>14</sup> *Loc. cit.*

<sup>15</sup> Paul Sharp, *op. cit.*, p. 25.

La idea era, entonces, “darle nueva vida y fuerza a los principios que hicieron de nuestro país la gran potencia comercial que fue.”<sup>16</sup> Esta posición, desde luego, implicaba permanecer en la comunidad europea. Según Francis Pym, próximo ministro de relaciones exteriores con Thatcher después de la renuncia de Carrington, “Gran Bretaña debía estar en la Comunidad para jugar el papel de liderazgo mundial que históricamente le pertenece para moldear el mundo moderno.” Por ello, la prensa de aquel momento vaticinaba, con Thatcher, un acercamiento británico a Europa. Según *The Times*, un gobierno conservador podrá colocar a Europa en los primeros lugares de la escala de valores del país y será menos crítico de las instituciones europeas. No obstante, lo que la prensa y Pym ignoraban era la particular concepción de la Comunidad Europea que Thatcher tenía.

Para ella, la Comunidad Europea era, fundamentalmente, una asociación económica con implicaciones políticas que buscaba cooperación práctica entre Estados los cuales persiguen sus intereses propios con apoyo del resto.<sup>17</sup> Esta posición, Pym y la prensa también lo ignoraban, sería altamente controversial y disruptiva de las relaciones británicas con la Comunidad y, lo sería aún más, revelada la intensidad con la que Thatcher estaba dispuesta a defenderla. El nacionalismo político y el liberalismo económico de Thatcher arruinarían las altas expectativas de la supuesta inclinación hacia Europa y serían origen más de conflicto que de cooperación con la Comunidad. Por ello resulta absolutamente impropia la comparación entre la señora Thatcher y el general De Gaulle. Es verdad que ambos intentaron recuperar el papel perdido de sus países en el sistema internacional después de la Segunda Guerra Mundial. Pero mientras De Gaulle identificaba a Europa con Francia, ella era una nacionalista británica y no europea. Si De Gaulle fue un europeo anticomunitario, Thatcher difícilmente podía ser calificada como europeísta.<sup>18</sup>

## EL PROBLEMA PRESUPUESTAL: ¿COMPROMISO TOTAL?

Según un documento expedido en 1979, el costo de la membresía británica a la comunidad ascendía a un billón de libras al año.<sup>19</sup> La petición de revisión de las contribuciones británicas al presupuesto comunitario ocurrió durante la reunión del Consejo Europeo en Luxemburgo en junio de 1979. Ahí quedó claramente establecida la posición británica consistente en la necesidad de un acuerdo para resolver el problema de las altísimas contribuciones inglesas y bajos beneficios obtenidos. El problema era que Gran Bretaña tenía que pagar una cantidad importante a la Comunidad por los productos que importaba de la Mancomunidad y de otros socios comerciales fuera de Europa lo cual hacía que su contribución fuera enorme.<sup>20</sup> Por ello, el gobierno británico, sosteniendo la necesidad de una rebaja a la enorme contribución anual; pedía además el reembolso de un billón de libras. Thatcher pensaba que haciendo cortes significativos al gasto público, incluida la contribución a la comunidad, podía contribuir al

<sup>16</sup> Loc. cit.

<sup>17</sup> Ibid., p.28.

<sup>18</sup> Peter Jenkins, Mrs. Thatcher's revolution the ending of the socialist era, Cambridge, Harvard University Press, 1988, p. 286.

<sup>19</sup> Lucila del Águila Llausás, op. cit., p. 136.

<sup>20</sup> Loc. cit.

mejoramiento de la triste situación económica británica y formaba parte de la reforma estructural de la economía británica que proponía la nueva primer ministro. Y en ese sentido, la comunidad era parcialmente culpable no sólo por los pagos a su presupuesto sino, además, por la política agrícola común. El hecho de que Gran Bretaña, “la séptima entre las nueve naciones europeas más pobres”, debiera, en efecto, subsidiar producción agrícola de países como Francia, constituía un problema grave. Aunque se aceptó un reembolso parcial de 350 mil libras, el problema empezó a ser grave cuando la Primera Ministra británica anunció que no aceptaría ningún acuerdo sobre otros temas relativos a la Comunidad Económica Europea hasta que se resolviera el problema de las contribuciones.<sup>21</sup>

Aunque los franceses, en un primer momento, volvieron a pensar que era mejor expulsar a los británicos de la Comunidad, al tomar la presidencia de la Comisión Europea en 1984, manifestaron estar dispuestos a liquidar el problema de las contribuciones británicas. El sistema tradicional de aportaciones al presupuesto de la CEE consistía en el pago del 1% de los ingresos nacionales por concepto de impuesto al consumo de los miembros comunitarios, los ingresos por la tarifa común externa sobre bienes industriales y las ganancias derivadas de impuestos sobre alimentos importados.<sup>22</sup> La propuesta francesa, en cambio, implicaba reducir el pago exclusivamente al relativo al impuesto al consumo.

Pero la propuesta de Fontainebleau se ajustaba más a las peticiones de Thatcher. Gran Bretaña recibiría en 1983 el reembolso de 457 millones de libras, el de 600 millones en 1984 y el del 66% de sus contribuciones en los años subsecuentes. Así, Thatcher ganó la disputa presupuestal con una posición nacionalista demandando “mi dinero de vuelta” y colocando las contribuciones inglesas en proporción con su producto interno bruto. De esta forma, Gran Bretaña no hizo concesiones al llamado “espíritu comunitario” en detrimento de sus intereses nacionales. Y si bien, Thatcher misma siempre habló del “compromiso total” de Gran Bretaña hacia la Comunidad Económica, también siempre recalcó que a Gran Bretaña no le temblaría la mano al defender sus intereses nacionales.

Fontainebleau marcó el fin de una fase de la relación de Gran Bretaña con la Comunidad Europea y significó el inicio de otra. La disputa presupuestaria tuvo distintas facetas. Una tuvo que ver con la determinación del gobierno británico no sólo de limitar el monto de sus propias contribuciones al presupuesto comunitario sino también con la de asegurar que el presupuesto como un todo, debía ser puesta bajo control, lo cual implicaba también controlar el gasto de la PAC o política agrícola común.<sup>23</sup> Pero la disputa presupuestal también tuvo un rostro doméstico importante puesto que en voz de la propia Thatcher: “no puedo jugar a la hermana generosa cuando mi propio electorado me pide mejorar la salud, la educación y el bienestar de la población en general.”<sup>24</sup> Pero Fontainebleau tendría, además, una importancia aún mayor en la definición de la política británica hacia la Unión Europea bajo el liderazgo de la señora Thatcher.

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>23</sup> Stephen George, *An Awkward Partner: Britain and the European Community*, Londres, Oxford University Press, 1990, p. 162.

<sup>24</sup> *Loc. cit.*



El documento presentado ahí por la delegación británica titulado “Europa: el futuro” delineaba muchos de los temas respecto de los cuales Gran Bretaña se pronunciaría con relación a Europa y sobre los cuales, desde luego, intentaba imponer su criterio. El documento como la visión británica de Europa, bajo el thatcherismo, era ejemplar. El texto enfatizaba la necesidad de acortar la enorme brecha tecnológica entre Europa y Estados Unidos y Japón y la de tomar medidas para aliviar el alto nivel de desempleo que asolaba a la Comunidad. También se hablaba en él de la necesidad de solucionar algunos problemas derivados de la contaminación ambiental y de la lluvia ácida. Pero, sobre todo, el documento enfatizaba la necesidad de que Europa emergiera como actor independiente en el escenario internacional y en la de fortalecer la cooperación defensiva a través el fortalecimiento del “brazo europeo de la OTAN.”<sup>25</sup>

La ambigüedad del texto era evidente y lo era, aún más, el rechazo del gobierno de Thatcher a tratar los grandes temas y, sobre todo, el desprecio que la Primera Ministra podía sentir por el proceso integracionista. Pero, peor aún, demostraba la relativa indiferencia que la señora Thatcher sentía hacia los temas de la reforma institucional y su tendencia a reducir las discusiones a los principios generales sin acudir a los detalles. Así, Gran Bretaña conducía las discusiones en la dirección del tema de la obtención práctica de un mercado interno libre y lejos de la discusión de la reforma institucional, tema que los países del Benelux, Francia y Alemania estaban interesados en debatir. Para Malcolm Rifkind en 1984, ministro de la Secretaría de Relaciones Exteriores Británica, por ejemplo: “Para nosotros, las instituciones deben servir a las políticas. La cooperación cercana no debe ser forzada, sino que debe surgir de los modos prácticos a través de los cuales la Comunidad puede trabajar unida en pro de un bien común. La substancia y la realidad deben venir antes que la forma.”<sup>26</sup>

Este enfoque estaba directamente determinado por dos de las consideraciones más importantes que caracterizaron a la administración thatcheriana. En primer lugar, reflejó la hostilidad de la primera ministra hacia la intervención estatal de cualquier tipo, incluyendo cualquier forma de proteccionismo económico. Para la señora Thatcher, fueron la incompetencia del Estado y la mala administración de la economía los principales factores para explicar el descenso de la economía británica en el siglo XX. La recuperación económica de Gran Bretaña, y la de Europa, sólo sería posible liberalizando el lado de la oferta de la economía de la colección de restricciones y requisitos administrativos que gobiernos previos le impusieron. En segundo lugar, reflejó la idea de complementar el mercado interno a través de la liberalización y desregulación de los mercados.<sup>27</sup> Consecuentemente, todo lo que tuviera que ver con una Europa federal no merecería solamente una respuesta ideológicamente motivada de la señora Thatcher pues tendría, además, un poderoso rasgo pragmático: las reformas institucionales no deben ocurrir como resultado de eventos no determinados por las fuerzas del mercado.<sup>28</sup>

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 174-176.

<sup>26</sup> David Judge, “The British Government, European Union and EC Institutional Reform”, *Political Quarterly*, 57 (1986), p. 324.

<sup>27</sup> Andrew Scott, “Economic Policy” en Simon Bulmer (coord), *The United Kingdom and EC Membership Evaluated*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1992, pp. 24-25.

<sup>28</sup> *Loc. cit.*

## INTERGUBERNAMENTALISMO VERSUS SUPRANACIONALISMO

La posición británica respecto de los planes de integración europea había sido ya establecida en numerosas ocasiones. Sin embargo, cuando los esfuerzos encabezados por Francia y Alemania a finales de 1983 se dirigieron a impulsar el proceso de integración, Thatcher reaccionó inmediatamente. En un discurso pronunciado ante el Consejo Franco-británico en Avignon, declaró que no creía que pudiera crearse algo así como unos Estados Unidos de Europa, pues sus historias particulares eran “muy distintas”.<sup>29</sup> Para ella, el propósito de la Comunidad Europea era el fortalecimiento de la cooperación entre naciones, pero diluir sus intensidades nacionales sería “contrario a los instintos de nuestros pueblos”.<sup>30</sup> Según Thatcher las áreas de cooperación debían ser las tendientes a promover el fortalecimiento del libre comercio, a unificar algunas acciones en materia internacional y a unificar respuestas a problemas económicos. Ni más ni menos. Así, Gran Bretaña quería convencer al resto de los miembros que la comunidad europea debía ser únicamente un mejor sistema de colaboración intergubernamental animado por el espíritu de lo que Thatcher llamó “acuerdos entre caballeros.”<sup>31</sup>

En junio de 1985, durante el Consejo Europeo celebrado en Milán, Francia, Alemania, Italia y el Benelux vincularon la creación del mercado único con un nuevo tratado que fortalecería las instituciones de la comunidad y otorgaría a los miembros una identidad común.<sup>32</sup> La discusión del tema, que ocurriría en el seno de la Conferencia Intergubernamental de Luxemburgo a finales de 1985, fue votada por todos los miembros, y apenas objetada por Gran Bretaña, Grecia y Dinamarca. La importancia de esta Conferencia sería extraordinaria para el futuro de la comunidad europea. Por ello, Mitterrand no se equivocaba cuando afirmaba que en la Conferencia se distinguiría fácilmente “quien estaba a favor del surgimiento de una Europa fuerte y unida y quien reclusaba de este objetivo”.<sup>33</sup>

El resultado de la Conferencia fue el Acta Única Europea de 1986. Su preámbulo central sostenía que el objetivo central era la Unión Europea. El documento no sólo reestructuraba el Tratado de Roma, sino que establecía numerosas transformaciones institucionales en lo concerniente a la extensión de las acciones comunes en materia ambiental, social y tecnológica, incrementaba las facultades del Parlamento Europeo y se comprometía a hacer progresos en la cooperación monetaria. Gran Bretaña, temerosa de quedar relegada de ulteriores acuerdos<sup>34</sup> y despreocupada por lo que creía era apenas una petición de principio y no un ordenamiento supranacional concreto decidió aprobar el Acta. A pesar, sin embargo, de la aprobación británica las diferencias volverían a surgir. Cuando se negoció el Acta única en 1985, la cual

---

<sup>29</sup> Paul Sharp, *op. cit.*, p. 162.

<sup>30</sup> *Loc. cit.*

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>32</sup> Lucila del Águila Llausás, *op. cit.*, p. 145.

<sup>33</sup> *Loc. cit.*

<sup>34</sup> Especialmente por el Reporte Tindemanns que proponía el surgimiento de una “Europa a dos velocidades”. Según el reporte era necesario reconocer que no todos los miembros estaban dispuestos a continuar con el mismo paso y la misma determinación hacia una mayor integración y proponía que los más ansiosos prosiguieran para evitar ser retrasados por el resto de los Estados.

fue aprobada por el Parlamento británico en 1986 y puesta en práctica en 1987, la señora Thatcher la consideró como el costo que debía pagarse por el Mercado Único, “que representaba el tipo de zona de libre comercio que Gran Bretaña siempre había buscado lograr en Europa”.<sup>35</sup> No obstante, la señora Thatcher rechazaría de manera enérgica cualquier proyecto, como el de Delors, a través del cual la reglamentación social, económica o fiscal de Gran Bretaña se originara en el seno de la propia comunidad.<sup>36</sup> Y es que el mercado único siempre fue un asunto limitado a mercancías, al libre flujo del comercio y “al movimiento de camiones a través de las fronteras europeas y no a un asunto de consideraciones políticas amplias. Por ello, los británicos, en directa contradicción con el espíritu de Paul –Henri Spaak, veían como aceptable el Mercado Único, pero como inaceptable a la moneda única.”<sup>37</sup>

### **LA PRESIDENCIA BRITÁNICA EN 1986: LA LIBERALIZACIÓN SOBERANA COMO PROGRAMA**

Para mayo de 1986 la agenda para la presidencia británica había sido ya preparada hasta el detalle diminuto por Sir Geoffrey Howe. En la agenda se anotaba un programa de acción designado para movilizar y encaminar a la comunidad hacia su máximo potencial en materia económica. El programa contenía tres elementos claves. El primero, a nadie sorprendía, era el relativo a la progresiva liberalización del mercado interno. Según Thatcher esa era la solución para el desempleo y para menguar el problema de la falta de competitividad con Japón y los Estados Unidos. El segundo era la liberalización del transporte, específicamente del transporte aéreo, justo cuando las aerolíneas británicas (*British Airways*) empezaban a ser privatizadas. El tercero, y último elemento era novedoso: la introducción de cierta flexibilidad en el mercado laboral. Según el documento, estas medidas no irían en contra de los sindicatos, pero beneficiarían al consumidor y permitirían a la Comunidad Económica Europea competir en mercados internacionales.<sup>38</sup>

En relación con el primer objetivo su éxito fue parcial pero importante. Fueron en total 47 las medidas acordadas para liberalizar el mercado interno europeo batiendo récord en la actividad de cualquier previa presidencia. En relación con el segundo objetivo no se logró gran cosa a pesar de algunos compromisos pactados. Pero, al respecto del tercer objetivo, los planteamientos y logros británicos fueron mucho más importantes. El plan, en su forma integral, estaba basado en un documento llamado “Crecimiento del Empleo en los años noventa: una estrategia para el mercado laboral”.

En él, el plan proponía que el Consejo de Empleo se concentrara en combatir los altos niveles de desempleo en la Comunidad que ascendían ya al 12%, es decir a 16 millones de personas, mediante la implementación de un plan de cuatro puntos, a saber: 1) la ayuda a los pequeños

<sup>35</sup> Jacques Leruez, *art. cit.*, p. 641.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 642.

<sup>37</sup> Roy Jenkins of Hillhead, *The Disappointing Partnership between British Governments and Europe: Why the Paul-Henri Spaak Tradition Rarely Embraces London*, The Thirteenth Annual Paul-Henri Spaak Lecture, Boston, Harvard University Press, 1994, p. 10.

<sup>38</sup> Stephen George, *op. cit.*, p. 186.

negocios y al auto empleo, 2) el fortalecimiento de una política tendiente a flexibilizar las prácticas laborales, 3) el mejoramiento de la capacitación laboral y 4) el empleo inmediato a todos los desempleados que llevaban ya largo tiempo en esa situación.<sup>39</sup> El enfoque, como podemos ver, era absolutamente thatcheriano pues proponía la liberalización del mercado antes que la manipulación de la macroeconomía para combatir la inflación y el desempleo. El acuerdo se aprobaría parcialmente y, por ello, tal y como afirmaba un periodista de la época, “el debate enfatizó la división entre el enfoque promovido por el gobierno británico y aquel sostenido por el resto de la Comunidad.”<sup>40</sup> De manera clara, el gobierno británico se opuso al carácter regulativo y a la dimensión social de los cambios que otros miembros comunitarios mantenían respecto de las políticas laborales comunitarias. Establecer patrones europeos al respecto de asuntos tales como los salarios mínimos y las condiciones de trabajo, argumentó Thatcher, suponía “dar cabida al socialismo en Gran Bretaña”.<sup>41</sup>

## EL SISTEMA MONETARIO: LA LUCHA CONTRA LA IDENTIDAD EUROPEA

Para la alianza franco-germánica, la creación de una moneda única europea era un ideal esencial. De hecho, la creación de un sistema monetario europeo alrededor de un banco central de Europa podía ser la clave para profundizar en la unificación de políticas sociales y económicas. Margaret Thatcher rechazó ambas cosas. La libra esterlina como símbolo de la soberanía británica y la capacidad de ejercer una política monetaria soberana e independiente fueron la raíz de una confrontación entre Thatcher y Delors. Según la Comisión Europea encargada de instrumentar el reporte Delors, la Unión Europea surgiría de la unificación monetaria y de autoridades financieras comunes, políticas comunes en materia económica y de la reforma de instituciones con autoridad legal y poder político para promover el libre movimiento de bienes, servicios, capital y trabajo.<sup>42</sup> La respuesta de Thatcher fue ejemplar. En el Colegio de Europa con sede en Brujas, Thatcher dio una exposición clara y completa de sus razones para rechazar la unificación de Europa. Este discurso se haría famoso como la gran respuesta Thatcheriana a Delors y a sus críticas al proyecto comunitario británico.

Delors había dicho lo siguiente al respecto de la política comunitaria británica:

“Es imposible construir Europa solamente en la desregulación... 1992 es mucho más que la creación de un mercado interno que abolirá barreras al libre movimiento de bienes, servicios e inversiones. El mercado interno debe ser diseñado de tal modo que cada ciudadano de la comunidad se beneficie. Es por ello necesario mejorar el nivel de vida de los trabajadores y sus condiciones generales de trabajo y proveerles mejor protección a su salud y a su seguridad laboral.”<sup>43</sup>

---

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 187.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 189.

<sup>41</sup> Paul Sharp, *art. cit.*, p. 406.

<sup>42</sup> Paul Sharp, *op. cit.*, p. 167.

<sup>43</sup> Citado en Stephen George, *op. cit.*, p. 193.

Como respuesta, Thatcher en Brujas dijo:

“Mi primer principio orientador”, declaró, “es el de que la cooperación activa y voluntaria entre Estados soberanos e independientes es el mejor camino para construir una Comunidad Europea exitosa. Intentar suprimir las nacionalidades y concentrar el poder al centro de un conglomerado europeo será altamente oneroso e irá directamente en contra de aquél objetivo. Europa será más fuerte aún, precisamente porque tiene a Francia como Francia, a España como España y a Gran Bretaña como Gran Bretaña, cada una con sus propias costumbres, tradiciones e identidad. Sería una locura tratar de insertarlas en una especie de *Identikit* de la personalidad europea.”<sup>44</sup>

Los Estados Unidos de Europa, sostenía, son imposibles. Sus historias son distintas y los europeos antes de serlo son belgas, británicos, neerlandeses o alemanes. Por ello, Thatcher decía irónicamente que:

“trabajar juntos no implica centralizar el poder en una burocracia en Bruselas como algunos parecen proponer aun cuando la URSS ha visto la necesidad de separarse de ese camino. Gran Bretaña rechazará los intentos de introducir el colectivismo y el corporativismo en Europa puesto que no hemos terminado aún de retraer las fronteras del Estado en Inglaterra sólo para verlas reimponerse en el nivel europeo con un super - estado europeo encabezando una nueva dominación desde Bruselas.”<sup>45</sup>

Lo impresionante del discurso de Brujas fue que Thatcher no sólo dijo que Europa era radicalmente distinta de los Estados Unidos sino, además, que los Estados europeos lo eran también entre ellos mismos. Y el discurso nacionalista de Thatcher empezaría desde entonces a acentuarse. En 1989, Thatcher argumentó, ante los conservadores escoceses, que Gran Bretaña no era una reciente creación endeble sino “una antigua gran ciudadela dentro de cuyos muros los pueblos de sus islas han encontrado abrigo por casi cuatro siglos. Dentro de éstos muros –continuaba- la libertad, la justicia y el progreso humano han florecido de un modo nunca sobrepasado por ningún lugar distinto en el mundo.”<sup>46</sup>

Y refiriéndose a la comunidad europea también radicalizó su discurso nacionalista. En el mismo año, frente al Parlamento Europeo dijo que “cada vez que un tratado es firmado con la Comunidad Europea un poco de soberanía es voluntariamente cedida. En este sentido, la política agrícola es una cosa, pero la soberanía sobre asuntos fiscales o monetarios está en el corazón del control del ejecutivo y, bajo mi punto de vista, ya hemos cedido demasiado.”<sup>47</sup>

Y es que Thatcher se empeñaba, por obvias razones de política interna, en eliminar o, al menos, reducir todo lo que pareciera interferencia burocrática con el libre comercio dentro o fuera del

---

<sup>44</sup> Ibid., p. 168.

<sup>45</sup> Loc. cit.

<sup>46</sup> Ibid., p. 176.

<sup>47</sup> Ibid., p. 177.

mercado común reformando, adicionalmente, la política agrícola común y, en general, la política presupuestal de la propia Comunidad Económica Europea.<sup>48</sup> Igualmente, Thatcher rechazó la idea de un banco central europeo en un discurso frente a la Casa de los Comunes en la semana precedente a la reunión de Hannover, defendiendo que el corolario indispensable para el banco central europeo sería un gobierno central europeo, y ella no creía que sus compañeros comunitarios, al igual que Gran Bretaña, estuvieran ya preparados para semejante transformación institucional. Adicionalmente, Thatcher negó que hubiera algún tipo de necesaria correlación entre la liberalización del mercado interno y la creación de una unión monetaria.<sup>49</sup> El asunto causó una controversia entre la primera ministra y la delegación alemana en Hanover. Thatcher dudaría, más que nunca, del rumbo que adoptaría la propia comunidad. En octubre, durante una visita de Estado a Italia, la señora Thatcher diría ante la prensa que:

“Ni quiero ni espero ver tal banco en mi vida... Un Banco Central Europeo en el único sentido verdadero del término implica ceder tu política económica a la que el sistema bancario exija en términos del mantenimiento del valor de la moneda y en términos de la política económica necesaria para sostenerlo. De modo que, sospecho, están intentando hacer algo imposible de aceptar”.<sup>50</sup>

## LOS LÍMITES DE LA COOPERACIÓN TECNOLÓGICA

Aunque teóricamente comprometida con la cooperación tecnológica europea, el gobierno británico se apartó radicalmente de esta posición en 1987.<sup>51</sup> En marzo de 1986 la Comisión propuso que el gasto específico para este programa debía ascender a los 10.3 millones de *ecus* en cinco años. Gran Bretaña, sin embargo, junto con Alemania y Francia, objetó esta cifra y decidió proponer una alternativa mucho más modesta: 7.735 millones de *ecus* en cuatro años. El Tesoro Británico había insistido en que cada libra dedicada a los programas comunitarios debía provenir del presupuesto del ministerio doméstico involucrado; por lo tanto, el propio Departamento del Comercio y la Industria Británico estaba defendiendo la integridad de su propio presupuesto anual sobre el cual ejercía control y reduciendo el monto. Gran Bretaña bloqueó ese presupuesto y lo condicionó a las negociaciones para la reforma de la política agrícola común (PAC).<sup>52</sup>

El resultado fue desastroso pues, habiendo sido aprobado el propio presupuesto, los programas debieron ser desmantelados por falta de fondos debido a la renuencia británica. Y es que el entusiasmo británico no estaba en ningún otro programa de cooperación tecnológica que no fuera el de EUREKA. Desarrollado como una respuesta apadrinada por Mitterrand al proyecto SDI del presidente Reagan, EUREKA era un programa europeo de cooperación en investigación sobre aplicaciones no militares de tecnología avanzada que el gobierno británico

<sup>48</sup> Jacques Leruez, *art. cit.*, p. 641.

<sup>49</sup> Stephen George, *op. cit.*, p. 191-192.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 200.

apoyó desde el principio. Stephen George destaca las razones por las cuales EUREKA atrajo más a los británicos que el programa comunitario. En primer lugar, comparado con el programa comunitario, EUREKA estaba dirigido a la aplicación de tecnología más que a la mera investigación científica que no necesariamente produciría resultados prácticos. En segundo lugar, aunque hubo desacuerdos respecto del nivel de fondos públicos, el énfasis en EUREKA, gracias a la insistencia del gobierno británico estuvo en programas de colaboración para la participación de fondos privados. Y, en tercer lugar, EUREKA no era un programa comunitario. Involucraba igualmente a países de Europa Occidental no miembros de la comunidad además de que establecía una autoridad fuera del control de la comisión.<sup>53</sup> La situación de EUREKA se repetiría en innumerables programas. El temor a permitirle a la comisión de la Comunidad Económica concentrar mucho poder fue un favor de motivación para que el gobierno de la señora Thatcher se interesara por incentivar la cooperación europea bajo marcos distintos de los dominados por la Comunidad.

## CONCLUSIONES

La política de Thatcher hacia la integración europea estuvo caracterizada por cesiones y retiros simultáneos al respecto de distintos temas. Thatcher nunca propuso retirar a Gran Bretaña de la Comunidad y, sin embargo, defendió la independencia británica. Europa representaba la oportunidad ideal para que la economía británica se beneficiara del éxito económico de la Comunidad y para que Gran Bretaña mediante su participación en este esquema de integración pudiera ejercer cierta influencia en el sistema internacional “agotado” ya el otrora rol mundial británico. La actitud de Gran Bretaña responde a su rechazo a querer ceder mayor soberanía en aspectos como la libra, la política monetaria, la política social y, en general, en áreas de interés nacional. Su objetivo era crear un área de libre comercio de la cual pudiera beneficiarse pero que, al mismo tiempo, no implicara mayor fortalecimiento de las instituciones centrales de la comunidad. Los británicos serán, por ello y a partir de entonces, en palabras de Lucila del Águila, “socios anticomunitarios”.

En cualquier caso, este es el antecedente directo del denominado *Brexit* y de lo que hasta ahora ha sido la articulación de un discurso prácticamente idéntico al de Thatcher. En efecto, a partir de una combinación de nacionalismo con nostalgia imperial o hegemónica y una vertiente especialmente agresiva en favor del libre comercio, el Reino Unido ha buscado recientemente plantear el futuro del país a partir de la devolución de facultades del ámbito supranacional europeo al nacional.<sup>54</sup> Es claro que la preeminencia de las ideas y la construcción social e histórica de identidades, en este caso vinculados a la hegemonía británica y su esencia mercantilista, han venido determinando una política de relativa distancia frente a la Unión Europea que terminó, con la incorporación de nuevos componentes como el rechazo a la

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 201.

<sup>54</sup> Dan Roberts, “The White Paper on Brexit: a wish list disguised as a strategy”, *The Guardian*, 2 de febrero de 2017, consultado el 15 de febrero de 2017 en: <https://www.theguardian.com/politics/2017/feb/02/the-white-paper-on-brexit-a-wish-list-disguised-as-a-strategy>



migración<sup>55</sup>, interiorizándose en los criterios de amplias capas de la sociedad. Más aún, estas ideas terminaron imponiéndose frente a otras, como las aglutinadas alrededor del *Bremain*, que parecían mucho más enraizadas en una racionalidad pragmática. El discurso de la Primer Ministra Theresa May, pronunciado el pasado 17 de enero de 2017 es claro al respecto. Ahí planteó que su visión es de una Gran Bretaña global como el mejor amigo y vecino de los países europeos, pero como un país que hace avanzar sus intereses más allá de las fronteras europeas. Literalmente, advirtió May, que “el 23 de junio no fue el momento en que el país decidió salir del mundo sino el momento en que eligió construir una genuina Inglaterra global”, en gran medida, por una historia y cultura nacionales “profundamente internacionalistas” y para dejar atrás la sensación de que el lugar del Reino Unido en la Unión Europea “se ocupaba a expensas de lazos globales sólidos” y que suponía, en la práctica, una renuncia “a la autodeterminación nacional y a la democracia”.<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> Christina Wagner Faegri y Jordi Bacaria Colom, “Las complejidades del Brexit: escenarios económicos para una nueva relación”, *Foreign Affairs en español*, volumen 16, número 4, p. 41.

<sup>56</sup> *Speech by Theresa May*, Lancaster House, 17 de enero de 2017, consultado en: <http://www.telegraph.co.uk/news/2017/01/17/theresa-mays-brexit-speech-full/>





## BIBLIOGRAFÍA

Del Águila Llausás, Lucila, La relación entre Gran Bretaña y la Unión Europea: un socio anticomunitario, tesis, México, El Colegio de México, 1997.

Freedman, Leonard, Politics and Policy in Britain, Nueva York, Longman, 1996.

George, Stephen , An Awkward Partner: Britain and the European Community, Londres, Oxford University Press, 1990

Hill, Christopher, “The Historical Background: past and present in British foreign policy” en Michael Smith (coord.), British foreign policy: tradition, change and transformation, Londres, Allen & Unwin, 1988.

Jenkins of Hillhead, Roy, The Disappointing Partnership between British Governments and Europe: Why the Paul-Henri Spaak Tradition Rarely Embraces London, The Thirteenth Annual Paul-Henri Spaak Lecture, Boston, Harvard University Press, 1994.

Jenkins, Peter, Mrs. Thatcher's revolution the ending of the socialist era, Cambridge, Harvard University Press, 1988.

Jervis, Robert, “President Trump and IR Theory”, *America and the World – 2017 and Beyond*, H-DIPLO ISS Policy Series, Columbia University, 2 de enero de 2017, consultado el 7 de febrero de 2017 en: <https://issforum.org/ISSF/PDF/Policy-Roundtable-1-5B.pdf>

Judge, David, “The British Government, European Union and EC Institutional Reform”, Political Quarterly, 57 (1986).

Leruez, Jacques, “El legado del Thatcherismo en Gran Bretaña”, Foro Internacional, vol.



XXXIII, núm.5, octubre-diciembre de 1992.

Palan, Ronan, “A world of their making: an evaluation of the constructivist critique of international relations”, Review of International Studies, vol. 26, no. 4, pp. 575-598.

Roberts, Dan., “The White Paper on Brexit: a wish list disguised as a strategy”, *The Guardian*, 2 de febrero de 2017, consultado el 15 de febrero de 2017 en: <https://www.theguardian.com/politics/2017/feb/02/the-white-paper-on-brexit-a-wish-list-disguised-as-a-strategy>

Sanders, David, Losing an empire, finding a role: British foreign policy since 1945, Londres, Macmillan, 1990.

Scott, Andrew, “Economic Policy” en Simon Bulmer (coord), The United Kingdom and EC Membership Evaluated, Nueva York, St. Martin’s Press, 1992

Sharp, Paul, “Thatcher’s Wholly British Foreign Policy”, Orbis, verano de 1991, pp. 395-410.

\_\_\_\_\_, Thatcher’s diplomacy, Londres, Macmillan Press, 1999.

Tugendhat Cristopher y William Wallace, Options for British Foreign Policy in the 1990’s, Londres, Routledge, 1988.

Wagner Faegri Christina y Jordi Bacaria Colom, “Las complejidades del Brexit: escenarios económicos para una nueva relación”, Foreign Affairs en español, volumen 16, número 4, pp. 40-46.

Wendt Alexander, Social Theory of International Politics, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp.6-7.



CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES  
**GILBERTO BOSQUES**  
ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN

**Coordinadora General**  
Adriana González Carrillo

**Colaboraron en la elaboración y edición  
de este documento:**  
Arturo Magaña Duplancher